

GUIDO CERVO

La  
Cruz perdida

algaida  
INTER

Título original: *Il teutone. La croce perduta*

Primera edición: 2013

© Guido Ceruo, 2010

© 2010, Edizioni Piemme S.p.A. Milán, Italia - [www.edizpiemme.it](http://www.edizpiemme.it)

Este libro ha sido negociado a través de Ute Körner Literary Agent, S.L.,

Barcelona - [www.uklitag.com](http://www.uklitag.com)

© de la traducción: M.P.V., 2013

© Algaida Editores, 2013

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: [algaida@algaida.es](mailto:algaida@algaida.es)

Composición: REGA

ISBN: 978-84-9877-955-4

Depósito legal: SE-1481-2013

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

# ÍNDICE

Premisa .....	11
1.....	15
2.....	31
3.....	49
4.....	67
5.....	77
6.....	97
7.....	109
8.....	123
9.....	135
10.....	139
11.....	155
12.....	171
13.....	183
14.....	195
15.....	199
16.....	207
17.....	213
18.....	219
19.....	233
20.....	241
21.....	251
22.....	263
23.....	271
24.....	281
25.....	295
26.....	307
27.....	319







## PREMISA

LA EXPANSIÓN MONGOL EN OCCIDENTE POR LOS URALS comenzó allá por el 1236, durante el *kanato* de Ogodei, bajo el mando de Batu, sobrino del gran Gengis Khan. Los primeros en caer bajo el yugo mongol fueron Ucrania, de donde escaparon decenas de miles de eslavos y de cumanos, y el potentado turco de Bulgaria. En los años siguientes fueron cayendo bajo su garra, uno tras otro, los principados de la Rusia septentrional. Riazán, Moscú y la grande y poderosa Kiev quedaron completamente destruidas.

En aquel entonces el rey de Hungría, el gran duque de Bohemia y los príncipes polacos y alemanes asediados junto a las orillas del Oder no podían seguir ignorando la amenaza que representaba el cruel enemigo proveniente de las estepas asiáticas. Pero sus intentos para coordinar las fuerzas quedaron frustrados por la genialidad y amplitud de la maniobra estratégica puesta en marcha por Batu y por sus generales, que pudieron contar con un ejército de más de 140.000 hombres, repartidos en tres armadas.

En el invierno del 1240-1241, la armada más meridional se arrojó sobre Hungría, que constituía para los mongoles —que los europeos conocen como tártaros— el objetivo principal. La central, guiada por el príncipe Baidar, ejecutó una amplia acción diversiva en el centro meridional de Polonia, mientras que otras fuerzas lograron rozar la Prusia. Comenzaba así el martirio de Polonia, que no pudo afrontar el tremendo peligro en una situación peor, dividida como estaba en muchos principados enemistados entre ellos, gobernados por descendientes del gran Boleslao III *Boca Torcida* (1102-1138), que un siglo antes había logrado unificar milagrosamente el país.

El principado de Cracovia fue el primero en caer, pero el gran duque Enrique II de Silesia (llamado *el Pío*), que cultivaba las mismas ambiciones de su ilustre predecesor, no quiso dejarse coger por lo imprevisto, y se convirtió en el promotor de una enorme cruzada contra los tártaros, movilizando a sus feudatarios y llegando a acuerdos con los príncipes alemanes que limitaban con él, con el margrave de Moravia y con el gran duque Venceslao de Bohemia. También aseguraron su apoyo la Orden de los Templarios, los hospitalarios y la Orden Teutónica. Esta última más que nunca interesada en participar en la defensa común, ya que también sus territorios sobre el Báltico estaban amenazados.

Nacida de la exigencia, advertida por los comerciantes alemanes en Palestina, de prestar asistencia y protección a sus compaisanos en peregrinaje por los lugares santos, la Orden Teutónica fue reconocida oficialmente por el papa Inocencio III en 1199, y se caracterizó por la pro-

cedencia casi exclusivamente germánica de sus componentes. Desde el principio realizó junto a las funciones puramente asistenciales aquellas militares, tomando parte activa en la defensa de los lugares santos contra los musulmanes.

Aprovechando la ocasión ofrecida tras una petición de ayuda avanzada en 1226 por el duque polaco Conrad de Masovia, extendió ambiciosamente su radio de acción en los territorios del noroeste de Europa, combatiendo y subyugando a las poblaciones paganas insidiadas junto a las fronteras de la cristiandad. Esta avanzadilla hacia el este, que comportó la evangelización más o menos forzosa de los derrotados y la imposición de ordenamientos de tipo feudal, aseguró a la orden importantes posesiones en Prusia, Curlandia y Livonia. Avanzadillas de la cristiandad en las salvajes tierras del norte de Europa de los caballeros teutónicos no podían dejar de mirar con gran alarma los ataques esporádicos de los tártaros en los territorios eslavos cercanos. Su participación en la guerra era por lo tanto inevitable.

En la primavera de 1241, al asomarse la armada de Baidar a sus tierras, Enrique abandonó la capital, Breslavia, considerada indefendible, y alineó sus fuerzas heterogéneas más hacia occidente, junto a la ciudad de Legnica, en espera de recibir la ayuda del rey Venceslao, que avanzaba hacia el sur con una armada de 50.000 hombres. Los tártaros, sin embargo, se movían más rápidamente que el ejército bohemio, y el 9 de abril el gran duque no pudo evitar participar en la batalla: los dos ejércitos se enfrentaron a pocas millas de Legnica, en un enfrentamiento que se revelaba decisivo para la suerte de la civilización europea.



# 1

AHORA QUE UN VIENTO HÚMEDO SE HABÍA LEVANTADO para esparcir los últimos jirones de niebla, el paisaje de la baja Silesia comenzaba finalmente a definirse: una campiña ligeramente ondulada, en la que amplias manchas forestales se alternaban con extensas explanadas dejadas para el pasto o marcadas por la geometría de los cultivos. En aquellos claros se levantaban pequeñas aldeas de campesinos que no eran otra cosa que pobres aglomeraciones de casas construidas con troncos, reunidas en alguna ocasión junto a feos castillos; inhóspitas moradas de señores que, no muy diferentes de sus campesinos, siervos de la gleba, construían sin usar todavía la piedra o el ladrillo. Un escenario transformado por el hombre, pero que desde hacía días se observaba desertado por sus habitantes. Por todas partes se veía la marca siniestra de los incendios, que liberaban hacia el cielo densas nubes de humo.

Alineados en el prado, centenares de caballeros cristianos (lo mejor de la nobleza silesiana y sajona) habían

tenido, tiempo atrás, modo de presenciar el lento despliegue de la armada tártara ante ellos y de constatar los efectos producidos por su irrupción en la región, obteniendo de tal espectáculo las razones más válidas para poner en juego su valor en la batalla inminente. A lo largo de todo el frente del ejército se escuchaban las armaduras moverse, las riendas tensarse, y una sucesión de risas nerviosas y breves conversaciones entre los caballeros, muy pegados unos con otros sobre sus corceles: una masa compacta recubierta de acero brillante, con fuertes colores y reluciente bajo la delicada caricia del sol de abril, que resplandecía en intervalos entre las nubes altas en movimiento continuo. El rápido tránsito de las masas nubosas proyectaba sobre la campaña amplios y cambiantes espacios de sombra, encendiendo, y luego inmediatamente apagando, los colores de cada objeto con curiosos efectos de claros y oscuros sobre los escuadrones colmados de lanzas que, en los dos campos, se preparaban para la batalla.

El ejército mongol se alineó sin prisa aparente: miles de hombres a caballo que, siguiendo el sonido de flautas y tambores, cumplían las indicaciones dadas por innumerables estandartes, colocándose disciplinadamente en los lugares asignados en la llanura. Su alineación, larga y fina en la primera línea, parecía sin embargo profunda, con amplios espacios de campo separando un sector de otro. Las estafetas galopaban en los espacios dejados entre los rangos, mientras pequeños grupos de guerreros con armamento ligero salían de vez en cuando de las primeras filas y se aventuraban hacia delante en exploración, hasta llegar a situarse a pocos centenares de pasos de la caballería

del archiduque Enrique. Debido a la llanura del terreno, los caballeros podían solo imaginar detrás de los cuadrados en movimiento, el gran círculo que los tártaros, como era su costumbre, habían formado con sus carruajes para proteger a la masa de sirvientes y concubinas que seguía a la armada, y sobre todo el abundante botín acumulado en las infieles tierras rusas y polacas. También quedaban comprendidos los innumerables cristianos que estos habían hecho sus esclavos. De los campos de los alrededores llegaban a trazos, empujados por el viento, los mugidos de las bestias saqueadas en cada una de las regiones atravesadas por los invasores.

El príncipe de veinticuatro años Joaquín von Tylice no había visto nunca una armada tan numerosa. Por otro lado, también el ejército del que formaba parte contaba, por lo que se decía, con más de quince mil infantes y algún millar de combatientes a caballo tras la aportación de algunos centenares de templarios, hospitalarios y caballeros de la Orden Teutónica. Al joven le resultaba difícil permanecer inmóvil en la silla, mostrándose dueño de sí mismo. Aquella era, de hecho, su primera presencia en el campo de batalla, dado que hasta aquel momento solo había podido dar pruebas de su valor en los torneos organizados anualmente por el gran duque sobre la llanura situada junto a la muralla de Breslavia. Teniendo en cuenta su rango, se encontraba en la primera fila, apoyado por un joven escudero y por Gunther, su viejo e indiscutible maestro de armas de origen sajón. Detrás de ellos se concentraban los armeros —una docena—, que había llevado con él desde Tylice. Cada noble se había llevado consigo a sus hom-

bres. Joaquín compartiría el honor de la inminente lucha con centenares de hombres de linaje, en general lusacianos como él, con algunos de los cuales se encontraba ligado por una amistad fraternal. A todos se les veía impacientes por arrojarse contra el enemigo. También sus corceles se sentían avivados, y cansados por aquella forzada inmovilidad; se sentían excitados, pataleando nerviosos y resoplando por las narices. Los más inquietos rompían continuamente la alineación perfecta, golpeando o empujando a sus dóciles vecinos.

El deber —y el honor— de guiar la primera carga había sido solicitado por los templarios. Como los otros caballeros que lo rodeaban, también Joaquín se agachaba a menudo sobre el caballo para espiar hacia la dirección de su estandarte, con la esperanza de verlo finalmente moverse hacia delante dando la señal del asalto. Sobre las alas, donde ondeaban montones de lanzas, un pesado silencio flotaba entre las infanterías. Hacia la derecha, junto al límite de un robledo, se extendía un pelotón formado por unos cuantos miles de mercenarios, minadores y campesinos en gran parte obligados a la fuerza. Hacia la izquierda, se situaba la infantería movilizada desde las ciudades polacas. Los caballeros polacos, en cambio, estaban dispuestos doscientos pasos más hacia atrás, bajo el mando del duque Mieszko de Opole, con el refuerzo de algunos miles de mercenarios y de un pequeño contingente de caballeros del Orden Teutónico. Todavía más atrás, junto al pequeño río, el gran duque Enrique había alineado su reserva Silesiana, una masa de choque de unos miles de soldados, directamente bajo su mando. Formaban parte,

con su grupo de escuderos y armígeros, los caballeros de las mejores familias de Silesia. Entre otras, las familias Starze, Advaniek, Jaworski y Stescegònia. Desde allí, desde una de las últimas filas del ejército, a una distancia de pocas millas, se levantaba la torre campanario de Wahlstatt, que a esas alturas se encontraba abandonada ya por sus habitantes. Más allá, en la llanura, se intuían los tejados de Legnica y las paredes grises detrás de las que miles de almas cristianas esperaban su propio destino.

En conjunto, la armada del gran duque era el resultado de una admirable y hasta demasiado heterogénea alianza de príncipes y comunidades que precedentemente habían combatido a menudo entre ellas. Joaquín von Tylicze se sentía orgulloso de haber contribuido personalmente a una unión tal de fuerzas, que seguramente, no pudiendo dejar de complacer al Altísimo, estaba destinada a la victoria sobre los invasores paganos. Ahora que los dos ejércitos se enfrentaban, nadie hablaba ya del desalentador presagio que había sucedido aquella mañana cuando, mientras la armada dejaba Legnica, el archiduque había sido casi rozado por un escombro caído desde una iglesia. De hecho, en aquellos corazones animados, no había superstición que pudiera superar la fe en los prodigios generados por el valor.

El implacable enemigo, de quien se comentaba por todas partes como si fuera una imparable horda de criaturas infernales, ahora estaba en el campo de batalla con todas sus fuerzas. Había llegado poco después del alba, con la protección de la niebla, pero anunciados ya desde hacía días por miles de campesinos a la fuga y por los habitantes

atemorizados de Breslavia, que habían escapado en masa ante la noticia de su cercanía a la capital del ducado.

Ahora que se alineaban para la batalla, los rangos de los tártaros ofrecían a los ojos de los caballeros cristianos un espectáculo imponente y, sin embargo, a fin de cuentas, más bien decepcionante en cuanto a las monturas y la calidad del armamento. Recorriéndolo con la mirada, Joaquín se decía que, a pesar de sus ordenadas coreografías, aquellos caballeros vestidos con pieles de montón —la infantería debía haber sido dispuesta muy atrás, vigilando el campamento— no podrían mantener la mirada a un ejército que contaba en sus propias filas con miles de hombres de rango, todos con armaduras y desde siempre ejercitados para la guerra.

Su maestro de armas no era tan optimista. Impresionado por la perfecta disciplina con la que los mongoles maniobraban por la llanura detrás de sus banderas, Gunther Eisner pensaba que, quizás, no eran por otro lado tan salvajes como se decía. Con la experiencia alcanzada tras numerosas batallas, miraba con preocupación y cierta lástima la excitación de su joven señor, que se sentía impaciente para medirse a aquellos, pero también sentía lástima por él mismo, ya que, cerca del umbral de los sesenta años y perseguido por reumatismos, comenzaba a sentirse demasiado viejo para seguir al cuidado de él. Por otro lado, se había encariñado con aquel joven robusto, valiente y de índole franca y leal, a quien había logrado enseñar casi todo sobre el uso de las armas menos, por desgracia, la perspicacia y el raciocinio. Estaba claro que en el momento difícil que estaban viviendo no se separaría de su

lado, sobre todo tras haber prometido al viejo Manfred, señor de Tylice y padre de Joaquín, que cuidaría de la vida de su hijo.

En la alineación cristiana la tensión iba aumentando. El príncipe August von Görlitz, que sobre un robusto e inquieto caballo se había posicionado con sus armígeros a la derecha de Joaquín, no era ciertamente alguien que esperara mucho. Cercano a los cuarenta años, era un hombre sanguinario e impulsivo, notoriamente valiente en la batalla y siempre admirado protagonista en los torneos y en cualquier tipo de certamen caballeresco, comportamientos que habían conquistado desde hacía tiempo la admiración del joven príncipe Tylice, quien lo había tomado siempre como modelo, viendo en él la perfecta encarnación del caballero germánico. Irguiéndose sobre los estribos, clavó la mirada en una treintena de tártaros que habían salido de la alineación y avanzaban en orden desigual por la tierra de nadie que separaba las dos alineaciones.

—¡Mira Joaquín! —le dijo riendo—. ¡Esos pordioseros quieren ir a la guerra ellos solos!

No había terminado de hablar cuando de la avanzadilla enemiga salió una ráfaga de flechas. Llegaron silbando y cayeron crujiendo sobre los escudos que rápidamente habían levantado los caballeros, pero no todos. Dos que se encontraban en la tercera fila no se percataron a tiempo de cuanto se les venía encima y quedaron heridos. Un caballo, no suficientemente protegido, se puso de pie y se encaramó sobre un costado rompiendo las filas, cayendo al final al suelo tras soltar varias coces.

Terminada su incursión, aquellos guerreros invirtieron la dirección y se retiraron, sin diferenciarse de otros grupos que habían efectuado la idéntica maniobra a lo largo de todo el arco de la alineación cristiana. Por el camino de regreso, de todos modos, se cruzaron con otros contingentes de arqueros que, salidos de sus filas, se lanzaban a su vez hacia delante, y los hechos se repitieron más veces. Aquella ráfaga de dardos encontraba a los caballeros cristianos ya preparados y hacía poco daño, pero terminó por provocar la reacción. Von Görlitz fue el primero en perder la paciencia.

—¡Terminemos de una vez con estas ratas! —gritó después de la enésima lluvia de flechas. Espoleando su caballo, rompió la alineación y se catapultó contra los mongoles con la lanza alineada, seguido por su escudero, a quien siguieron numerosos armeros y otros más que, encontrándose en las filas posteriores y entendiéndolo bien poco, habían creído que se había dado una orden de ataque. Empujados hacia el asalto, también Joaquín y los hombres a su servicio espolearon a sus caballos y, bajando las lanzas, se arrojaron hacia delante. La carga ya se había iniciado cuando las trompas sonaron, escuchándose de forma posesiva el grito:

—¡Por Cristo y por la Virgen María!

El estandarte de los templarios ondeó y avanzó a su vez, no precediendo, de todos modos, a la multitud en movimiento, aunque sí flotando sobre esta como un madero empujado por un río desbordado.

Proyectados hacia la persecución de los enemigos, los caballos galopaban con grandes pasos, levantando del

suelo salpicaduras enormes de fango y produciendo un ruido ensordecedor que llenaba los oídos y transmitía un sentimiento de exaltación. Junto a sus armígeros, von Görlitz cabalgaba delante de todos. Su lanza buscaba en vano una víctima, porque los arqueros enemigos se habían abierto formando un abanico y habían comenzado a huir, aunque mientras azuzaban sus veloces caballos giraban frecuentemente la cabeza para lanzar sus flechas contra la falange acorazada que se encaminaba tras ellos.

A través de las fisuras del casco cruzado, los ojos de Joaquín von Tylice se concentraron inmediatamente sobre la masa enemiga, en cuyo abrazo los perseguidos muy pronto desaparecieron. De aquellas alineaciones de hombres a caballo comenzaron a salir enjambres muy densos de flechas, que después de trayectorias circulares, cayeron sobre los caballeros cristianos. Joaquín, sin embargo, no se dio cuenta del efecto que estas habían producido. Galopaba a una cierta distancia de von Görlitz, teniendo como única meta un punto de la alineación enemiga que le imponía la dirección de su caballo y que no podía corregir, ya que se encontraba apretado en una masa compacta, lanzada como un proyectil de catapulta contra su objetivo. Otras ráfagas de flechas siguieron y Joaquín, con los demás que lo seguían, tuvo que bordear a un desafortunado caballero que se encontraba muerto sobre su corcel. Estando ya a menos de cien pasos del enemigo, con una coordinación sorprendente, los mongoles se dieron la vuelta y empujaron los caballos inmediatamente al galope.

Viendo al enemigo huir de aquellos que tanto habían escuchado alardear que eran invencibles, Joaquín sintiose

exultante por dentro: los bárbaros que habían doblegado a numerosos príncipes y ciudades del este escapaban ahora velozmente frente a la compacta marabunta de acero de los caballeros cristianos, un cúneo imparable en cuyo vértice galopaban templarios y hospitalarios. Al mismo tiempo, sin embargo, se sintió invadir por una viva desilusión porque temía cerrar el día sin que sus armas se hubieran mojado con la sangre de aquellos crueles enemigos de Cristo.

Nadie gritaba, no se escuchaban ya las trombas, quedaba únicamente el oscuro retumbar de la tierra bajo el pesado, rítmico movimiento de los caballos corriendo. La distancia entre los perseguidos y los perseguidores no variaba sensiblemente, porque los más que poderosos *destriers* de los caballeros cristianos no lograban (salvo excepciones) alcanzar a los caballeros enemigos, que llevaban consigo un peso bastante inferior. Cuando esto ocurría, para los mongoles no había forma de escapar, porque eran inexorablemente alcanzados por las lanzas cristianas.

De repente la multitud en fuga se separó, abriéndose en dos mitades que, siguiendo sus estandartes, escaparon diagonalmente por las praderas para unirse en las alas extremas de la alineación tártara. El espacio que los separaba se amplió en pocos segundos, lo suficiente para que los caballeros cristianos vieran galopar tras ellos a la masa encuadrada en la reserva enemiga, centenares de caballeros armados que llevaban enseñas con vivos colores. Atrapados por la exaltación del ataque, los caballeros disfrutaron al ver perfilarse como inevitable el enfrentamiento frontal que habían buscado hasta aquel momento, y espolearon a

sus caballos para asegurarse una mayor potencia en el impacto. Pocos instantes después las dos alineaciones chocaron con estruendo. Las lanzas se cruzaron perforando los escudos, destrozando armaduras, abatiendo hombres y caballos, en un amontonamiento desesperado de gritos. En su camino, los caballeros cristianos derrocaron decenas de paganos, penetrando profundamente en sus filas.

Después de haber alcanzado a dos caballeros enemigos, y haber roto por último su lanza perforando el escudo redondo y la armadura de un tercero, Joaquín puso su mano sobre la espada sin frenar la carrera de su caballo, y con estocadas y profundos ataques se abrió camino en medio de la muchedumbre tártara.

Al chocar y cruzarse con los caballos aterrorizados, en el movimiento de mazas y espadas, perdió pronto de vista a su escudero, pero continuó advirtiendo a pocos pasos de distancia la presencia de Gunther, que había renunciado a su espada, y gritando y levantando las manos de su caballo arrojaba tremendos ataques con el hacha a un adversario tras otro. Delante de sí mismo, Joaquín veía a August von Görlitz romper las alineaciones enemigas como una daga en la mantequilla, pero no logró seguir su paso ante la continua sucesión de adversarios que se empeñaban en cruzar su espada con sus hojas curvadas, intentando matarle el caballo. Ocurrió así que las filas de los tártaros se cerraron sobre el impetuoso señor de Görlitz y los pocos armígeros que le seguían. Mientras se defendía, Joaquín se vio impotente testigo de su final, ya que lo vio caer al suelo junto a su *destrier* y sucumbir bajo los golpes enemigos que le habían rodeado.

En la llanura, millares de caballeros se apresuraban con cualquier arma en un estruendo ensordecedor. En medio del multiforme escenario cromático ofrecido por las túnicas, las gualdrapas, los escudos y los estandartes, grupos compactos de guerreros cristianos o tártaros se abrían camino tras sus propios estandartes, como si fueran naves que rasgaran las olas de un mar en tempestad. Los combatientes se intercambiaban ataques sin desperdiciar ni uno, y levantándose sobre sus sillas llegaban a aferrarse con fuerza los unos sobre los otros en el intento de facilitar que el contrario perdiera el equilibrio.

Joaquín iba afrontando caballeros de aspecto más bien diferente de los arqueros que poco antes habían dado el comienzo de la batalla. Los nuevos adversarios llevaban armaduras completas, realizadas con escamas o piezas de hierro, y montaban robustos caballos bien acorazados, generalmente más pequeños pero más ágiles que aquellos de sus contrarios. En aquella mezcla salvaje, de todos modos, los cristianos ganaban terreno. Y creían estar a punto de prevalecer cuando escucharon levantarse tras ellos el poderoso grito de guerra de los caballeros polacos, que junto a los teutones corrían al galope para llevarles su ayuda. Se escucharon entonces los gritos de exultación, porque los mongoles parecían estar a punto de ceder completamente. Se advertía en el aire el olor acre del humo, pero Joaquín, ocupado como estaba en la lucha, necesitó un poco para darse cuenta de que los tártaros habían prendido fuego a balas de paja, generando sobre los costados de la avanzadilla cristiana cortinas de humo que impedían seguir los movimientos de sus repartos. Pronto nuevos refuerzos co-

rieron para aguantar la resistencia de la caballería acorazada, mientras los polacos y los teutones, inexplicablemente, tardaban en alcanzar la cabeza del enfrentamiento.

El escudo de Joaquín estaba ya reducido a un informe y contorsionado amasijo de hierros que le molestaba más de lo que le protegía, así que se liberó del mismo, confiando solo en la protección que le aseguraba la armadura de mallas, alcanzando también de tal forma un mejor control de su *destrier*. Gunther, por su bien, logró disponerse junto a su lado izquierdo para ofrecerle una mejor defensa.

La batalla se había convertido en una mezcla confundida y sanguinaria. Lejos de bajar en intensidad, la resistencia de los tártaros se hacía más cerrada, y llegó el momento en el que eran los caballeros cristianos quienes iban cediendo terreno. Joaquín se percató de que, bajo la concéntrica presión enemiga, su alineación tendía a encogerse progresivamente alrededor del estandarte de los templarios. Las flechas enemigas caían como silbidos siniestros en cada parte, penetrando con efectos mortales las armaduras más ligeras y matando a muchos caballos.

Joaquín era fuerte, pero la espada comenzaba a pesarle en la mano. No podría decir cuánto tiempo llevaba luchando. A su alrededor, caballeros y armigeros de ambas partes caían como espigas aplastadas por la hoz. El suelo se encontraba cubierto de hombres y caballos abatidos, montañas de cuerpos sobre las que los heridos se alzaban penosamente en el intento vano de levantarse. Muchos caballos, aterrados y con el vientre rasgado, daban coces relinchando desesperados, de vez en cuando inmovilizando bajo su peso al propio jinete. Llegó también el

turno de su *destrier*, cuando la lanza de un tártaro encontró el camino a través de la gualdrapa embutida que lo protegía. Alcanzado de muerte, el animal se tambaleó sobre un lado y se abatió al suelo desensillando a su dueño. Habiendo sacado a tiempo los pies de los estribos, Joaquín logró no quedar prisionero bajo su peso, pero perdió la espada, cayó sobre una pierna e inmediatamente después fue a parar al suelo por la espalda. Se levantó lo más rápido que pudo, temiendo que alguien le asaltara para acabar con él, y se encontró rebotado entre caballeros y animales que se agitaban a su alrededor en un remolino sin orden. En aquella condición, el casco le molestaba, limitando su visibilidad y la rapidez de sus movimientos. Aterrorizado ante la idea de ser asesinado en aquel estado de completa indefensión, se liberó lo más pronto que pudo y miró a su alrededor en busca de un arma que pudiera resultarle más útil que el puñal que llevaba a la cintura. Encontró su espada bajo una pierna del caballo moribundo pero, mientras se adueñaba de ella, un dolor muy fuerte le cruzó el vientre, un instante antes de que Gunther tirara al suelo a su asaltante. Dándose cuenta de que estaba herido, Joaquín saltó hacia un lado, cayó sobre sus piernas que cedían, se tropezó entre los caballos destrozados y hombres asesinados o gimientes, sintió que golpeaba y que salía despedido hacia delante con violencia mientras una secuencia de golpes se abatía sobre él desde más partes. Por último, atontado, cayó sobre las rodillas, invadido por una debilidad que apenas le consentía sujetar la espada. Los gritos y los miles de sonidos de la batalla le ensordecían, todo rodaba a su alrededor. Advertía un sen-

tido de náusea; sus ojos borrosos veían solo la tierra fangosa que, constelada por huellas de hombres y caballos, lanzas rotas y fragmentos de armaduras, parecía tirar de él como los brazos acogedores de una madre. Vibrante, se alzó al escuchar la voz de Gunther Eisner:

—Levantaos, mi señor, no permitiré que os maten. ¡Por Cristo todo poderoso, podéis darme una mano!

Sin mirar, con un movimiento incierto, Joaquín tendió el brazo hacia la dirección de la que provenía la voz de su maestro de armas e inmediatamente sintió que le agarraban y levantaban con fuerza. Las protestas de Gunther le devolvieron a la realidad. Se vio delante del blanco caballo que el hombre, que se había bajado de la silla, sujetaba por las riendas. Joaquín le pasó brevemente la espada y luego, con su ayuda, logró subirse a la montura. Encontrarse de nuevo sobre el caballo, obligado a mantener el control del animal asustado, le ayudó a recuperar el dominio de sí mismo. Su mano corrió a retomar la espada que Gunther le ofrecía, justo a tiempo para parar lo mejor posible el ataque de un tártaro que si hubiera alcanzado su objetivo le habría abierto en dos como una manzana. De todos modos, el hombre tenía que haber advertido la debilidad de su adversario, porque se irguió sobre los estribos y levantó el brazo para realizar un nuevo ataque, pero se vio alcanzado bajo la axila por la espada de un sargento templario, cayendo y liándose en las riendas del propio caballo, que se desplomó también al suelo con él. Gunther no perdió la ocasión: en dos saltos alcanzó al animal, que se levantaba clavando las robustas piernas en el fango, y en menos de un instante se subió a la silla.

—¡Seguidme mi señor! —gritó—. ¡Por aquí!

Movido por un irrepresible instinto de salvación, Joaquín espoleó al caballo para seguirle. Moviendo el hacha como si fueran aspas de un molino, Gunther le abría el camino a través del campo de batalla. Al final salieron de la muchedumbre y se encontraron galopando por el prado, donde por todas partes aparecían restos de grandes manchas de fuego, entre centenares de infantes que escapaban en medio de espesas cortinas de humo perseguidos por caballeros enemigos que les apremiaban por detrás con las lanzas. Tras ellos no quedaban, de toda la armada cristiana, más que unos pocos centenares de caballeros, casi todos a pie, que se habían reunido alrededor del estandarte del gran duque y se defendían con desesperado vigor de los asaltos cada vez más cerrados de los tártaros.